

GONZALO FERNÁNDEZ PARRILLA

Al sur de Tánger
Un viaje a las culturas
de Marruecos



Colección CUADERNOS DE HORIZONTE, 28

© Del texto: Gonzalo Fernández Parrilla, 2022

© De esta edición, Festina Lente Ediciones, SLU, 2026

Todos los derechos reservados.

Primera edición: noviembre, 2022

Séptima edición: junio, 2025

Primera edición en este formato: junio, 2026

Publicado por LÍNEA DEL HORIZONTE

C/ Mesón de Paredes, 73, 28012 (Madrid, España)

www.lineadelhorizonte.com

Coordinación editorial: Miguel S. Salas

Corrección: Luis Porras Vila

Diseño de cubierta: Joaquín Gallego

ISBN: 979-13-991993-2-1 | Thema: WTL, 1HBM

Depósito Legal: M-14551-2026

Imprime: Estugraf | Impreso en España



Este libro ha sido impreso en papel ecológico,
cuya materia prima proviene de una gestión
forestal sostenible.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. www.conlicencia.com

SUMARIO

1. <i>Maktub</i> : estaba escrito	11
2. Marruecos es un espejo	13
3. Las cigüeñas de Uarzazat	15
4. Los atlantes de Tánger	16
5. El verbo de Mohamed Chukri	20
6. Una plaza de toros en África	23
7. De Casablanca a Casanegra	27
8. Geografías imaginarias. El ancho de Gibraltar	30
9. Tayín de lenguas	33
10. Del cuaderno rojo. África y Marruecos	35
11. Bajarse al moro	38
12. En el laberinto de Fez	41
13. Volver a Tetuán	45
14. De Bertuchi a Bertolucci	48
15. De la foto turística al photocall transgresivo	51
16. Moro de la morería	53
17. La Atlántida andalusí	56
18. Banda sonora y andalusí	57
19. Los churros que vienen de África	60
20. Cuaderno de los nombres	62
21. Dios, patria y rey	65
22. En la patria de los leones del Atlas	68
23. Siempre el rey	73
24. De bereber a amazig	78
25. Esauira. De gnawi a ghiwani	80
26. Cuaderno de las palabras	83

27. Entre naíf y abstracto	86
28. Las voces de Marrakech	89
29. Apuntes macabros	91
30. Siempre el Rif	95
31. Los años de plomo	99
32. Sexo, mentiras y tabúes	105
33. El pan desnudo. Historia de un libro y de una traducción	109
34. Cuaderno de la poesía	116
35. Escritoras marroquíes	118
36. Apuntes sobre la cultura popular	121
37. Las gaviotas de Tánger	124
38. Cuaderno de sabores. El chocolate Maruja	126
39. Apuntes deportivos. Real o Barça	129
40. Ecos del Mellah	132
41. Rabat, capital cultural	135
42. Por adarves, arriates y alcaicerías de Rabat	139
43. Escenas de película	142
44. Nayda, la Movida. Nuevas tendencias artísticas	145
45. Entre la fraternidad colonial y la guerra fratricida	149
46. Tariq el que no conquistó Alándalus	152
47. Algarivos. La epopeya de la emigración	154
48. «Marroquíes» que escriben en castellano y catalán	156
49. Del cuaderno rojo. Últimas revelaciones	159
Agradecimientos	165
Bibliografía	167

*Se lo dedico a los intelectuales y periodistas
marroquíes que han pasado por la cárcel,
desde mis queridos Abdelkader Chaui, Abdellatif
Laabi, Dris Bouissef Rekab, Jaouad Mdidech
y Abraham Serfaty, hasta Naser Zafzafi,
Maati Monjib, Omar Radi y Suleiman Raisuni,
pasando por Saida Menebhi, Fatna El Bouih,
Ali Lmrabet, Hajar Raissouni, Sion Assidon,
Aboubaker El Khamlichi, Taoufik Bouachrine,
Salah El Ouadie, Imad Stitou, Aziz Loudiy,
Ali Anouzla, Fouad Abdelmoumni, Mohammed
Serifi Villar, Rabea Ftouh, Rachid Nini
y los jóvenes de la generación Z.
Por diferentes motivos, de distintas
tendencias ideológicas, la misma cárcel.*

Aquella tarde de septiembre soplaban el levante en el estrecho de Gibraltar. Como de costumbre, el ferri que hace la ruta entre Algeciras y los puertos del norte de África zarpó obediente. En mitad de la travesía, cuando los delfines jugueteaban con el agua en la proa, el cielo se encapotó y el mar se tornó gris. Las olas empezaron a zarandear el barco.

—Abandonen la cubierta —rugieron los altavoces.

De los rostros preocupados de la tripulación dedujimos que el barco debería haberse quedado en tierra hasta que amainara el viento, que soplaban inclemente. Asustados, los niños lloraban y vomitaban. Entre náuseas, a todos se nos pasó por la cabeza que podíamos naufragar. El miedo te vuelve de cristal.

11

Comenzar de esta guisa mi primer viaje a Marruecos no presagiaba nada bueno, me dije, mientras vomitaba hasta los churros con café con leche del desayuno.

Por fin, el viento se fue calmando, divisamos tierra firme y llegamos a Tánger aliviados, aunque descompuestos.

Una media luna apareció entre la nubes.



Han pasado muchos años desde aquella agitada travesía por las aguas siempre turbulentas del Estrecho. Desde entonces, he viajado tantas veces a Marruecos que he perdido ya la cuenta. Algo me atrajo con una fuerza

magnética: otro continente, África; otra lengua, el árabe; otra religión, el islam. Como dicen en Marruecos, con cierto fatalismo, *maktub*: estaba escrito. *Maktub* viene a ser el designio de la providencia, el destino que te reservan los hados. Y así fue. Desde aquel primer trayecto rumbo al sur, mi vida ha estado unida a Marruecos. Desde aquel primer viaje entendí también que España y Marruecos estaban entrelazados, que compartían una larga y compleja historia.

Imagino que por estos azares del destino acabé siendo corresponsal en Marruecos. Aunque no es del Marruecos que suele aparecer en la prensa del que quiero hablar aquí, sino de ese otro que cambió mi vida. Estas páginas contienen notas de viaje, artículos que nunca vieron la luz, reflexiones sobre el país y sus gentes, episodios insólitos de esa larga historia compartida.

12 Antes de emprender este enésimo viaje busco un cuaderno. Entre los numerosos sin estrenar que atesoro como urraca fetichista elijo uno empezado hace muchos años para un viejo proyecto, frustrado como tantas cosas en la vida: escribir un libro sobre Marruecos. Pese al nefasto antecedente, me decido a recuperar el cuaderno de pastas rojas para este periplo.

A medida que avanzo en la escritura, presiento que es un libro que ya estaba escrito; llevaba décadas escribiéndolo, pero andaba disperso en cuadernos y diarios, en mi memoria, en mi corazón.

Si, como sugirió Kavafis, el viaje es el destino, el viaje a Marruecos era mi destino. Marruecos y África me esperaban desde antes de nacer. Asuntos de familia. Me esperaban, me atraían y me infundían un miedo atroz.

MARRUECOS ES UN ESPEJO

Trasladarse en el espacio
es hacerlo también en el tiempo.

PATRICIA ALMARCEGUI, *Los mitos del viaje*

A principios del siglo XIX, tan solo doscientos años después de la expulsión de los moriscos, Domingo Badía viajó a Marruecos, se hizo pasar por un príncipe abasí de nombre Alí Bey y escribió *Viajes por Marruecos*. Al inicio del libro nos traslada su primera impresión tras cruzar el Estrecho y llegar a Tánger:

La sensación que experimenta el hombre que por primera vez hace esta corta travesía no puede sino compararse con el efecto de un sueño. Al pasar en tan breve espacio de tiempo a un mundo absolutamente nuevo y sin la más remota semejanza con el que acaba de dejar, se halla realmente como transportado a otro planeta.

13

Añade Badía que los habitantes de ambas orillas del Estrecho son «extraños los unos de los otros», que esa «pequeña distancia de dos leguas y dos tercios» contiene «la diferencia de veinte siglos».

Casi nadie lee ya ese libro antes de viajar a Marruecos, porque se ha convertido en un destino turístico habitual. Sin embargo, la pauta de cercanía física y lejanía temporal marcada por Badía persiste. Tras su primera vivencia marroquí muchos españoles siguen manifestando el mismo extrañamiento. Y esa *pequeña distancia* se convierte en un viaje sideral en el túnel del tiempo.

Ahora bien, Marruecos no solo refleja el pasado, también es un espejo en el que proyectamos nuestros miedos, nuestros complejos personales y nacionales. El viaje a Marruecos es siempre iniciático, nos asoma a simas ignotas, genera reacciones imprevisibles que oscilan entre el rechazo visceral y la pasión ciega. Temores ancestrales a una alteridad histórica se funden con un desbordante anhelo de exotismo y, a menudo, con experiencias familiares de la época del Protectorado y de la Guerra Civil. Un auténtico cóctel molotov.

Con ese trasfondo, con esa historia colonial y bélica resonando todavía, el mayor reto es cómo lidiar con semejante bagaje de aprensiones y apriorismos, cómo romper las barreras mentales, cómo resituarse ante esa alteridad que nos atrae misteriosa y fatalmente al mismo tiempo. Como la Grecia de Lawrence Durrell, el embrujo de Marruecos te brinda «el descubrimiento de ti mismo».

En mis primeros viajes, además de enfrentar esos temores heredados y hereditarios, también fui yo presa del exotismo, y un rosado amanecer de septiembre vomité verde por haber bebido agua de pozo en un aduar del Rif.

En las actuales geografías imaginarias, en las guías de viaje y en las redes sociales, abunda el desierto, cada vez más, los azules de Chauen y el rojo terroso de Marrakech, la medina de Fez, sus zocos y bazares. En el avatar virtual de Marruecos descuellan asimismo la gran mezquita Hasán II de Casablanca, la coqueta Arcila y las cascadas de Ozud con sus monos. Como turistas, buscamos la confirmación de esas imágenes previas, típicas y estereotípicas, que se superponen, e incluso imponen, a la realidad.

Pero hay otros Marruecos más allá de la *ruta de las kasbahs* y del *circuito de las ciudades imperiales*

que marcan la mercadotecnia del turismo y las redes. Cualquiera que se embarque en este viaje debe estar dispuesto a llevar consigo otro tipo de equipaje. Para empezar, conviene dejar en casa los tópicos de siempre y los complejos de superioridad. No cuesta tanto salirse del pellejo del *turista español*. Además de regatear y tomar el té (*atay*) con hierbabuena, se pueden hacer muchas otras cosas, como las que harías en cualquier otro país: visitar un museo o una exposición, asistir a un concierto, ir al cine o leer un libro de los que han escrito los marroquíes, que ya hay muchos traducidos.

Una advertencia: no es este un libro de Historia de Marruecos, sino un libro de historias de un viaje distinto por Marruecos.

3

LAS CIGÜEÑAS DE UARZAZAT

15

Lo que no se ve está ahí [...] y posee una presencia
que lo visible ni siquiera es capaz de soñar.

RACHID LAMARTI, *Té de Tucán*

En las afueras de Uarzazat, a las puertas del desierto. Palmerales, tierra roja, casas de adobe, niños, muchos niños saliendo de las escuelas. Las montañas del Atlas, nevadas, al fondo. Algunos inviernos la nieve llega hasta los palmerales, y las palmeras se visten de blanco. En Uarzazat, la tierra húmeda huele a vergel. Si eres de esas personas con suerte, puede incluso que, tras la tormenta, haya luna llena y estés en buena compañía. Plenitud en el vacío.

Mohamed saca un anillo plateado de la guantera y nos lo ofrece a mí y a mi querida Salam.

—Era de la pata de una cigüeña —nos dice.

Es una anilla de ICONA, con números y letras:
2128886992-Ministerio de Medio Ambiente de España.

—La encontraron muerta cerca del morabito
—añade Mohamed.

Me contaron que Sidi Bellarech era un anacoreta recordado por su bondad y por su amor a los pájaros.

El anillo es de una de esas cigüeñas que atraviesan el estrecho de Gibraltar cada otoño y cada primavera, que en verano tienen su nido en el campanario de una iglesia en un pueblo de España y en invierno en el alminar de una mezquita al sur de Marruecos. Como los elefantes, su último vuelo fue para morir cerca del santo que las veneraba. En *Las semanas del jardín*, en el capítulo de la letra *Aín* del alifato, Juan Goytisolo cuenta la leyenda bereber de «Los hombres-cigüeña», los humanos que se transmutan en zancudas para ver mundo y que, a su regreso, recuperan su forma primigenia.

Sobre la magia de los pájaros y las palabras hay varias historias memorables en *Té de Tucán*, del inclasificable poeta Rachid Lamarti, como la de la tribu que se alimentaba del aroma de una fruta.

4

LOS ATLANTES DE TÁNGER

Muchas veces pienso que Tánger era un estado de ánimo y que probablemente se instala para siempre en esa parte un poco fantasmal de la memoria en la que algunas personas no sabemos distinguir lo que fue verdad de lo que fue mentira.

EDUARDO HARO TECLEN, *Tánger en blanco y negro*

Se abre el telón y se ve el estrecho de Gibraltar. Tánger es el espectáculo del paisaje. Tánger es el viento —el *charqui*, el levante—. Tánger es subir por la medina hacia la plaza de la *Kasbah* —la alcazaba— y desde allí asomarse al Estrecho por la Puerta del Mar, *Bab al-Bahr*, para ver la otra orilla, España, Europa. Sentir la caricia de la brisa marina desde ese mirador único.

El vecino Museo de la Kasbah reivindica un origen remoto de la ciudad, con asentamientos desde el neolítico. Se pone énfasis en la islamización de Tánger, que comenzó en 682 con Oqba Ibn Nafi. Se dice que no muy lejos de allí, entre los cabos de Espartel y Malabata, partió en 711 hacia la península ibérica un grupo de hombres bajo el mando de Tariq Ibn Ziyad, el que dio nombre a Gibraltar —*Yabal Tariq*, el monte de Tariq—. Al otro lado de la plaza, en el café de los músicos, suenan violines y el inconfundible *guembri*.

17

Tánger es contemplar el Estrecho tomando un té con hierbabuena en el Café Hafa, la *Hafita* de los *tangerinos*, el de la canción *Hafa Café* de Luis Eduardo Aute —una historia de amor en el hotel Chellah—. Tánger es la puesta de sol desde las tumbas púnicas del Marshán.

Tánger fue el Teatro Cervantes, joya arquitectónica modernista inaugurada en 1913, plasmación de esas confluencias entre España y Marruecos, donde actuó en 1934 La Barraca de Federico García Lorca.

Tánger es la iglesia que Gaudí no llegó a construir para las misiones franciscanas. La actual Catedral de Tánger o Catedral del Espíritu Santo, más conocida como la catedral española, era hasta finales del siglo xx el punto más alto de la ciudad, visible desde el mar cuando llegabas al puerto. Oí decir que, para

evitar que fuera una cruz cristiana el símbolo que coronara la ciudad, se elevó más alto el alminar de la cercana mezquita de Mohamed V.

Tánger fue la sofisticación que refleja la guía de teléfonos de los años cincuenta. Había decenas de sombrererías, un cementerio para perros y una librería internacional que todavía existe, Librairie des Colonnes. De esa época mítica del Tánger del Estatuto Internacional que comienza en 1923, resuena todavía el bullicio de las fiestas de la millonaria estadounidense Barbara Hutton en su palacete de la medina, Sidi Hosni. El Museo Forbes acogía la colección de 115 000 soldaditos de plomo del magnate en su antigua residencia del Marshán. Hay decenas de historias del Tánger político y diplomático, como el incidente del secuestro de Ion Perdicaris (el que da nombre al parque de la montaña de Tánger, en el bosque de Rmilat) por Ahmed El Raisuni.

18

Juan Goytisolo acuñó el verbo *medinear* para ese deambular sin rumbo ni destino que siempre te depara alguna sorpresa. *Medineando* te toparás con el morabito de Sidi Buarraquía —que, dicen, protege a los forasteros—, pasarás por el museo de la Legación Americana y por el sepulcro de Ibn Battuta —el Marco Polo árabe—, que en el siglo XIV recorrió en un viaje de más de veinte años gran parte del mundo conocido, desde Tombuctú hasta China. Ibn Battuta es autor de *A través del islam* —una celebrada *rihla* titulada en árabe *Regalo de curiosos sobre peregrinas cosas de ciudades y viajes maravillosos*—. Este ilustre viajero da ahora nombre al aeropuerto de Tánger. También dio nombre al ferri amarillo y blanco que desde mediados de los sesenta surcó sin descanso las aguas del Estrecho entre las dos orillas. El mejor

acercamiento al mito y los inciertos orígenes de esta ciudad es la grata e ilustrada compañía del urbanista Mustafa Akalay, que hace hablar a la ciudad, o el documentado *Tánger. Suerte e infortunio de una villa* de Mohamed Métalsi.

Tánger es el pescado y las tapas. Mi bar favorito, el Cosmopolita, en el que me inició Mustafa, está en una de las callecitas adyacentes al bulevar en dirección al hotel Chellah. Esta minúscula taberna, abierta por el cantante Antonio Sevilla en 1927 y frecuentada en la época por artistas, sigue decorada con motivos taurinos.

Tánger es una ciudad literaria. Su larga y rica historia ha generado una copiosa literatura en numerosas lenguas, a la que Randa Jebrouni dedica *La letra y la ciudad*, y Rocío Rojas-Marcos, *Tánger, segunda patria*. El mejor Tánger literario en español sigue siendo *La vida perra de Juanita Narboni* de Ángel Vázquez, y *Reivindicación del conde don Julián*, obra con la que Goytisolo buscaba la restauración de un personaje que para la historiografía carpetovetónica había sido un traidor por haber facilitado la llegada de los *invasores* musulmanes a la Hispania visigoda.

Tánger es Mohamed Chukri. Este rifeño afincado en la ciudad del Estrecho ha retratado como nadie esa pasión irrefrenable, cuasi religiosa, por Tánger: «Como otros creyeron en la existencia de la Atlántida, yo creo en la existencia de Tánger». En *Paul Bowles, el recluso de Tánger*, recoge Chukri la leyenda de que la ciudad surgió del diluvio universal.

—*Tin ya* (ha llegado el barro) —habría exclamado Noé (¡en árabe!) al ver trazas de barro en las patitas de una paloma que, tras pisar tierra firme, regresó al

arca. Y de *Tin ya*, provendría *Tanya*, Tánger en árabe, una ciudad que sigue gestando leyendas, porque antes del diluvio, en el principio, fue el verbo.

5

EL VERBO DE MOHAMED CHUKRI

En el principio fue el verbo de Mohamed Chukri. Mi primer contacto con la literatura marroquí fue con las palabras descarnadas de *El pan desnudo*, una obra insólita, estremecedora. A la fuerza colosal de su peripecia vital, y a su modo de narrarla, se sumaban factores extraliterarios no menos sugerentes. Para empezar, se trataba de una obra prohibida. Un libro censurado tiene siempre una erótica especial. Guardo todavía aquella copia del original árabe de *El pan desnudo*, manoseada y mil veces leída, que conseguí clandestinamente a mediados de los ochenta. Unos amigos me concertaron una cita a ciegas en un cafetín de la *ville nouvelle* de Fez. Tenía que sentarme en la mesa en la que hubiera un joven con un paquete envuelto en papel de periódico y saludarle como si le conociera.

Sonaba música árabe en la radio y retumbaban con entusiasmo juvenil las máquinas *Flipper*. Dejé disimuladamente el dinero sobre la mesa. El joven empujó el paquete hacia mí. Salí del café con el supuesto libro. Miré hacia atrás, por si alguien me seguía. Nadie me siguió. Nadie me ha seguido nunca en Marruecos, que yo sepa. En realidad, la literatura, por muy transgresora que sea, es inofensiva. Pero yo llevaba mi codiciado ejemplar bajo el brazo como si fuera una bomba atómica.

Los tentáculos del atractivo universo literario de Chukri llegaban además al mitificado Tánger Internacional, que arrebató a artistas y bohemios del mundo entero, como los extravagantes Paul y Jane Bowles, los estadounidenses afincados hasta la locura y la muerte en la ciudad del Estrecho, donde encontraron el paraíso exótico en la Tierra. El magnetismo de los Bowles atrajo a escritores de la estrafalaria y frívola generación *beat*, como William Burroughs. Curioso que el resultado de la experiencia tangerina de Burroughs se titulase *El almuerzo desnudo*.

Chukri retrata ese ambiente cosmopolita, psicodélico y *hippy* en *Zoco Chico*, nombre de la célebre plaza interior de la medina de Tánger. Cabe recordar que fue Paul Bowles quien primero tradujo la obra de Chukri como *For Bread Alone*. Una convulsa relación la suya, llena de polémicas y venganzas, de incógnitas que alcanzan a la propia génesis de *El pan desnudo* y que Chukri cuenta en *Paul Bowles, el recluso de Tánger*. Los numerosos practicantes de esos deportes verbales tan tangerinos como lo son la murmuración y la maledicencia han dicho de todo: que si *El pan desnudo* lo había escrito Bowles y no Chukri, que si Bowles se aprovechó de los marroquíes... conjeturas sin fin que se convierten en nuevas leyendas. Impresionante, por cierto, el retrato de Jane que, sin haberla conocido, realiza Chukri en esta obra sobre Bowles.

Con *El pan desnudo*, Chukri nos sitúa de lleno en la otra cara del paraíso artificial del rocambolesco Tánger Internacional: frente al privilegio de los cosmopolitas voluntariamente expatriados, nos estampa en la conciencia la miseria de los que huían por fuerza de

la hambruna en el Rif. Tánger, el Rif y Tetuán ocupan un lugar muy especial en *El pan desnudo*, así como en las historias de Marruecos y España. Y su trágica autobiografía desvela verdades como puños sobre la colonización española.

Chukri decía que tenía una memoria de analfabeto, pero era políglota, cosmopolita, grandilocuente, elegante, de porte aristocrático. Mi amiga Reina, tangerina de espíritu como Chukri, suele decir que, de no haber optado por la lengua árabe en su esfuerzo titánico por aprender a leer y a escribir a los veinte años, el autor de *El pan desnudo* habría sido ese escritor poscolonial en español que Marruecos no tuvo. Su tesón y su dominio de la lengua española le hubieran permitido serlo. Inventó palabras como *callejuelo*. *Callejuelo* era él mismo y, de existir, habría sido definida en el *Diccionario* como: dicese de la criatura marginal crecida en la calle. En *Tangerina* de Javier Valenzuela hay una escena en la que un niño de nariz aguileña vende cigarrillos a la puerta del Teatro Cervantes un día de estreno en los gloriosos cincuenta. El documental *Choukri, un hombre sincero*, de Driss Deiback, es otro homenaje al genio rifeño, cuya vida y obra sobrepasan, no obstante, la cinta.

Si vida y escritura son en su biografía inseparables, algo similar ocurre con la lectura, como reflejan sus ensayos literarios y filosóficos recogidos en *La seducción del mirlo blanco*, Chukri lector y crítico en estado puro: «Mi amor por las palabras me animó a seguir con la escritura. Comencé a desenterrar a los muertos de las tumbas para que juzgaran a los vivos malvados. Un dios pagano muere y un dios pagano nace».

—¡Fuera de mi vida! —dijo Chukri

No me lo decía a mí. Lo solía decir, subiendo algo el tono, cuando mencionaba a alguien que no le gustaba. Se quitó la corbata y me la dio.

—Para que te acuerdes de mí.

Reina me contó que el abrigo de color pelo de camello que solía llevar Chukri en invierno era de su hermano, que se lo había regalado a Chukri en otro arranque de pasión.

—Para que te acuerdes de mí.

Y me regaló otro día otra corbata. Son corbatas clásicas, pero con un toque especial, como de conde extravagante, que todavía guardo. El joven que aprendió a leer a los veinte años y se puso una pajarita para sentirse escritor, regalaba corbatas en su madurez.

Me iba a acordar siempre de ti, aunque no tuviera tus corbatas, *Si* Mohamed, porque leerte cambió el curso de mi vida, fue el acicate de mi vocación.

23

6

UNA PLAZA DE TOROS EN ÁFRICA

Que no se extrañan los sitios, sino los tiempos.

JORGE LUIS BORGES

Cuando a principios de los noventa, coincidiendo con la primera oleada de pateras en el Estrecho, llegué a vivir a Tánger, la plaza de toros, *blasatoro*, se había convertido en un centro de detención de gentes de *mala vida* y de migrantes africanos que intentaban hacer la travesía hacia Europa. Supe entonces que el mito de Tánger había acabado.

Al recto comisario de policía Miludi Hamdouchi, alias Colombo, se le encomendó la misión imposible de poner orden en la ciudad del Estrecho, donde campaban a sus anchas mafiosos dedicados al tráfico de todo tipo de mercancías y sustancias, además de personas. Entre los muchos rumores que han circulado en esta ciudad fronteriza, se cuenta que se interceptó un gran alijo de cocaína que pasaba por allí rumbo a las antípodas y que cada fardo llevaba una foto de Pablo Escobar. También se rumoreó que este supercomisario convocó una mañana a todo el cuerpo de policía en las afueras de Tánger para una misión especial, con el ruego de que acudieran de paisano y en sus propios vehículos. Una vez allí, les requirió la documentación. Algunos policías no tenían papeles del coche y otros ni siquiera carné de conducir. Aunque igual es otra leyenda urbana.

En su afán por hacer bien su trabajo, las pesquisas de Colombo debieron llegar demasiado lejos, o demasiado cerca de Palacio, dicen. Por su celo excesivo, Hamdouchi tuvo que ser apartado del cargo. Decidió entonces dejar el cuerpo y pasarse a la literatura. Firmaría como coautor la novela negra *La ballena ciega*, convertida en telefilme homónimo de éxito. El libro comienza con la misteriosa aparición del cadáver de una joven en una playa solitaria del norte que ha de investigar el esforzado inspector Yazqán, que descubre una importante trama criminal.

La plaza de toros de Tánger, inaugurada por los españoles en 1950, no fue la única de África —los portugueses también construyeron alguna en sus *plazas* africanas—, pero es de las pocas que quedan en pie. Hubo otras desmontables, como la de Tetuán en la carretera de Martil,